



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 3

Ecos

La obra de José Peón Contreras titulada *Ecos*, es una serie de ciento cuatro romances. Todos los romances, sin excepción, le cantan al amor y a la vida; muestran los sentimientos que producen los encantos de la amada en su amante; personifican al enamorado apasionado que no vive el amor, sino vive para el amor; son, en pocas palabras, romances que muestran las pasiones humanas conmovidas por el amor y son precisamente eso: “ecos del alma”.

*Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los labios
Y en la fábula del verso,
De las edades otras
A la nuestra truzeron,
Donaires de los hombres!
Historia de los pueblos!*

(ROMANCE ANTIGUO)

I

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De una arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos
Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron a raudales,
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles germina,

En flores desenvueltos,
Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raíces
La sávila de un sendero
Que riegan a torrentes
Las lágrimas que vierto.
¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

II

Tal vez no existes: acaso
Eres la imagen de un sueño
Que deleitó mis sentidos,
Y embargó mi pensamiento.
Mas ha de ser realidad
Aquel hermoso embeleso,
Pues como te ví, dormido,
Te estoy mirando despierto.
Tal me parece que escucho
A todas horas tu acento;
Que se refleja en mis ojos
La luz de tus ojos negros;
Que en la palidez marmórea
De tu semblante echicero,
Sus alas de oro y de nieve
Posa mi espíritu inquieto;
Que cerca del pecho mío
Siento el latir de tu pecho;
Que me quemas con tus labios,
Que me abrasas con tu aliento!
Y te palpa y no te toco,
Y te busco y no te encuentro;
Y me enloquece tu sombra,
Y me embriaga tu recuerdo!
Y así, sin saber lo que eres,

Harta sé que eres mi dueño,
Que te llevas mis dolores,
En las lágrimas que vierto;
Que flotando en el espacio
Como una visión te veo,
Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas,
Porque no tienen lengua los suspiros!

IV

Cuando el ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
¿A quién, dí, sonreías,
Aterradora estatua?
¿A quién estabas viendo
Cuando á nadie mirabas?

V

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;
La dulce armonía
Del ave que canta;

La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,
Juventud y gracia;
Tienes el ingenio
Que á tantos les falta;
Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas. . .
Yo, bien de mi vida,
Sólo tengo lágrimas!

VI

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
A los abísomos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnase polvo
Los edificios. . .
Si todo es, niña,
Muerte y olvido.
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII

No sé qué ví una vez en tu pupila
Más negra y soñadora que otras veces;
Algo de indefinido y misterioso,
Algo como la luz cuando amanece.
Te ví un libro en las manos. . . aquel libro
Encerraba un poema de desdenes,
El malestar, la abrumadora angustia
De un corazón que desgarrado muere;

El genio herido que al mostrar su herida
Con el dardo heridor también nos hiere;
Un tesoro de lágrimas y dudas,
¡El alma inmensa de Gustavo Becquer!

VIII

Errantes leves brisas
Que arrebatáis los ayes
Del alma aprisionada
En su sombría cárcel,
Llegad hasta su lecho
En que dormida yace,
Como en la blanca espuma
Del mar azul, la náyade.
Traedme de sus ojos
El beleño suave,
La almíbar con que endulza
Su labio de corales;
Traedme. . . ¡pero en vano!
Si he de pedir en balde! . . .
De amor un pensamiento
Qué mis angustias calme;
Traedme su alma, el alma
Que la transforma en ángel. . .
O no me traigáis nada,
Leves brisas errantes!

IX

Hay tan dulces ruseñores
Cantando en la selva umbría,
Tan misteriosas cadencias,
Tan extrañas armonías,
Que no ha de poder, acaso,
Mi pobre acento, alma mía,
Herir con sus notas tu pecho sensible,
Cuando triste llores, cuando alegre ría.

X

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
tu dulce sonreír;
Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
De tu talle gentil;
Cuando suspiro por las horas rápidas
Que huyeron junto á tí;
El llanto surca mis mejillas áridas
Y me siento feliz...
¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
¿Qué será de mí?

XI

Un inmenso placer sentí en el alma
Cuando te contemplé la vez primera;
Y mientras más me alejo de aquel goce,
Es mayor mi tristeza...!
Es que al llegar al puerto con mi nave
Bañaba el sol naciente la riebera;
Es que me hice á la mar, que entró la noche,
Y navego perdido en las tinieblas!

XII

Yo te soñe de niño,
Y te soñe de grande;
Soñé de tu belleza
Los rasgos celestiales;
De tu mirada pura
La luz incomparable,
Y de tu ardiente labio
La seductora frase...
Pero soñar no pude,
Valiendo lo que vales,
Que yo lograra un día
Vencerme y olvidarte!

XIII

Te podrá ocultar de mis miradas,
Esconderte muy lejos;
Poner entre los dos como barrera
La eternidad del tiempo...
Pero nadie podrá, porque es muy mía
Y á nadie se la debo,
Arrebatat tu imagen adorada
Del fondo de mi pecho!

XIV

En alta mar mil veces he mirado
Huir de mí las olas plateadas,
Y las unas llegar tras de las otras,
Y, pasando, perderse en lontananza,
¿Dónde irán á parar, dónde, Dios mío?
¿A qué remota y solitaria playa?
¿Dónde irán á morir mis ilusiones?
¿Dónde irán á morir mis esperanzas?

XV

De las horas de tedio y amargura
De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
Como guardan las flores el perfume
De su marchito cáliz en el seno.
Ví una hermosa doncella que dormía,
Envuelta en azahar, su último sueño,
Con los ojos sin luz entrecerrados,
Con los lívidos labios entreabiertos:
Como la noche cae, así caía,
Ondulando al bajar, su pelo negro,
Desde el marfil de su amarilla frente,
Hasta el marfil de su delgado cuello.
-¿De qué murió?-De amor, me contestaron.

-¿De amor?-exclamé yo-pues no lo entiendo...
Y se pasaron luego muchos años
Y yo nunca acababa de entenderlo!
¿Por qué no habré perdido la memoria?
¿Por qué no habré perdido el sentimiento?
¿Por qué cuando tu amor me vuelve loco
Se aparece la muerta en mi cerebro?

XVI

En los vivos rayos
Del astro de fuego,
Tu imagen me guía,
Y perdido vengo...
En las frías, tristes
Veladas de invierno,
Invisible llama,
Me quema tu aliento.
Cuando ya al dormirme
Me despierta un beso,
Siento que me tocas,
Y yo no te siento...
Yo escribo, y la letra
De mis versos leo;
Y yo no te miro,
¡Y estás en mis versos!

XVII

De la feroz envidia el áspid negro
Jamás pudo abrigar el alma mía...
Mas si llego á saber que amas á alguno
Me matará la envidia!

XVIII

Perdona si una frase
De este amor insensato,
Herir logró importuna
Tu corazón, á mi desdicha extaño...
Es que rebosa á veces
El dolor en el pecho infortunado:
Y sin sentirlo, el alma
Se escapa en una frase por los labios!

XIX

Yo tuve la culpa... ahora que lloro
Comprendo que fuí necio...
¡Lo que juzgaba amor, nada más era
El hermoso fantasma de un ensueño?
¡Iluminó el albor de eterno día,
La amarga realidad... ¡y no hay remedio!
Cuando me convencieron tus desdenes,
Ya el mal estaba hecho!

XX

¡Ocúltate ya sol!... quiero la noche
Como la noche eterna de mi alma,
Sin una sola estrella en el espacio,
Tenebrosa y callada!
Encerrarme después en mi aposento,
Abrirle á las tinieblas mi ventana,
Mirar y no ver nada, y luego á tientas
Acostarme en la hamaca.
Allí quedarme inmóvil, silencioso...
Dejar que corran sin temor mis lágrimas...
Y meditar en su hermosura angélica.
Y en mi loca esperanza!
Después en la memoria componerle

Romances y armonías y plegarias;
Y forjar ilusiones y perderlas...
¡Después de acariciarlas!
Y después, cuando el sueño me aletargue
Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
¡Con la hechicera luz de aquellos ojos
Iluminar el interior de mi alma!

XXI

—“¡Los versos?... ¿de qué valen;
Ni quién se ocupa en ellos?...
Los versos sirven sólo
Para perder el tiempo.”—
¡Desventuradas gentes,
Y pobres de mis versos,
Si yo ignorara, hermosa,
Que tú no dices eso...
Si no supiera acaso,
Que es tu alma pura un cielo,
Luceros tus ideas,
Y un sol tu pensamiento!

XXII

Noches, sin nombre, aterradoras noches
Que sois imagen del castigo eterno,
¡Por qué tan largas sois, si sois tan negras?
¡Por qué tan negras sois, si os aborrezco?
Nada traen las brisas en sus alas,
No me traen perfumes en sus besos,
Ni lágrimas de amor en sus gemidos,
Ni un himno de esperanza en sus acentos!
La lira que me dió mi desventura
Desconoce mi mano, y de mis dedos
Huyen las cuerdas que juntaron antes
Sus alegres sonidos á mis versos!

XXIII

Eres tú mi ideal... por luenges años
Te buscaron mis ojos
Y creí que con sólo conocerte
Sería venturoso.
¡Ay! y te miro al fin... al fin te veo!
Y me encuentro tan solo,
Que me hace falta ya la compañía
De aquel pesar tan hondo!
Aquel pesar vivía de esperanzas;
Ya el imposible es otro!
Si ya no espero nada, ya comprendes
Que lo he perdido todo!

XXIV

En el fondo negro
De tu cabellera,
Lucientes y puras
Como dos estrellas,
Contemplé turbado
De tu amor y sorpresa,
Brillar una noche
Tus pupilas negras!
En el cielo negro
Como son mis penas,
Veía una noche
Lucir las estrellas:
¡Qué lejos brillaban
Entre las tinieblas!
Y en su inmenso campo
Buscaba dos de ellas:
¡Mísero! buscaba,
Calmando mis penas,
En el cielo negro
Tus pupilas negras!

XXV

Me cuentan de un niño
De blondo cabello,
Con los ojos muy vivos,
Con labios muy frescos.
Me dicen que anoche
Cayó, como el tierno
Botón de una rosa,
Rodando en el suelo.
Me dicen que aun tiene
Los ojos abiertos;
Que nadie al mirarlo
Diría que ha muerto...
Me puse al oírlo
La mano en el pecho,
Como si sintiera
Un presentimiento...
Mañana ¡qué triste
Pasará el entierro!

XXVI

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te recuerde
De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama,
Y pregunta, si quieres,
Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes mi bien de que conteste.

XXVII

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y ligera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos pies, más blancos que la arena.

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los r yos de la luna y las tinieblas
Trazaban   porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios.
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

 Ay! aquella mujer,  ngel   nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, m stia y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni lucha ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su alma pura
Guardaba de su amor la imagen bella!

Abismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo... las dudas, las ternezas,
Los gemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel   su presa...!

 Pobre mujer! pensaba yo dormido;
Ella de amor se mor a, y aquella
Por quien yo morir , tal vez sonríe...
 Feliz bardo francés!...  pobre Graziella!

XXVIII

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
 El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza
Envolverme en su lóbrego capuz;
Flores trae también; pero, esas flores
Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma
Luchando espiras entre sombra y luz,
Tiempo hace ya que con su blanca mano
Me está diciendo adiós la juventud!

XXIX

Yo conozco unos labios que no tienen
En justicia, perdón,
Porque en su estuche de coral encierran
El almíbar del amor...
Ni una gota siguiera, ni una gota
Al pobre corazón...
¡Si á lo menos me dieran la esperanza
Que tanto soñé yo!
Yo conozco unos ojos que no tienen
En justicia, perdón;
Porque al herir el alma los esconde
El párpado traidor...
Porque dejan la noche en el espíritu,
La noche del dolor...
¡Si á lo menos tus ojos se escondieran
Como se esconde el sol!

XXX

No quiero el aplauso
Del mundo que aturde.
Son muchas las flores,
Es mucho el perfume,
No quiero que un rayo
Del sol me salude,
Que al fin me anonade,

Que al fin me deslumbre.
Con una corona
De flores azules,
Con una caricia
De tus ojos dulces;
Con una palabra
Que yo sólo escuche,
Me basta con eso;
Que eso me seduce
Más que los aplausos
Del mundo, que aturden!

XXXI

Todas me ven igual; pero en ninguna
Miré el rayo que arde en tu pupila. . .
Tu mirada es amor. . . es que no puedo
 Con otra confundirla!
Con todas me sonrío, porque nadie
Cuando te ría, extrañe mi sonrisa;
Mas tú distinguirás la una de la otra,
 Si me amas algún día!

XXXII

Imagínate un sol de invierno, apenas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pie de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastrón cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso,
Una desmoronada sepultura
Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
Cómo serán mi sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXIII

Hoy por primera vez te ví vestida
Con un vestido negro;
Y yo pensé, mirándote tan bella,
Que eras la imagen que encerré en mi pecho.

Pensé que te escapabas de la cárcel
En que siempre te llevo;
Donde te han de encontrar los que te busquen,
Después que me haya muerto!

XXXIV

Al fin yo lo supiste, al fin ya sabes
Que eres el ángel por quien yo deliro;
Y que te importe ó no, lllore ó sonría,
Que eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño;
Más sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno!

XXXV

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa!

XXXVI

Te dije: "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya;
Después de tantos años,
De tanto suspirar.
Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
de lirios y azahar,
Tu negra caballera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar;
Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dan
Al pardo caserío
Que forma tu heredad!
Te dije: "hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años
De tanto suspirar...
Te traigo mis cantares,
Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más;
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad;

Sin límite y profundo
Lo mismo que la mar!...
Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres más hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!
Y tú ¡quién lo creyera!
tú ¡qué me has de dar,
En cambio de mis huesos
Y en cambio de mi afán?
Ay, Patria! del sepulcro,
Tal vez la dulce paz...
Que lo que yo ambiciono,
Eso no me darás!

XXXVII

Fuera el mayor insulto que me hicieras
El llamarme tu amigo:
O para tí soy todo, ó no soy nada:
¡La cumbre ó el abismo!

XXXVIII

Yo siento que en mi pecho
Ya no puedes cavar: llegaste al fondo...!
Sobre el brocal de un poz y á la sombra
¡Qué campos tan inmensos son tus campos!
¡Qué negros tus sepulcros y qué hondos!

¡Oh duda, horrible duda!
Ya me queman las lágrimas el rostro!
O salvas á tu víctima, ó la salvas,
O dame su cadáver... ¡pero pronto!

XXXIX

¡Mata la luz! ¡a oscuras! que no vean
Cómo logré un instante ser feliz:
Esos desventurados, prenda amada,
Sólo saben reír!

Si alguna vez surcaron sus mejillas
A torrentes las lágrimas sin fin,
Sabrán lo que es llorar; pero no saben
Lo que es llorar por tí!

XL

Voy á mandarte un libro con las hojas
Muy tersas y muy blancas,
Para que en él escribas, vida mía,
Tu amor y tu esperanza.
Yo tengo un libro con las hojas negras,
Sin lustre y maltratadas.
Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo
Lo borraron mis lágrimas...
Si un día de tu libro y de mi libro
Se mezclaran las páginas,
¡Qué misterios de amor sorprenderían
Leyendo, nuestras almas!

XLI

“¡Qué bellos son sus labios!” dicen todos...
Su tez qué bella y pálida!
Cuando el rubor enciende su mejilla
Tal parece que el sol enciende el alba!”
“¡Qué bellos son sus ojos, qué belleza
En la dulce expresión de su mirada!”
Y añado para mí, cuando esto escucho:
¡Qué bella será su alma!

XLII

Si has de olvidarme un día,
No correspondas mi amor inmenso:
Comprendo la verdad por lo inmutable;
¡Sólo comprendo á Dios porque es eterno!

XLIII

Hizo el Señor las estrellas
Y las flores del granado,
Mas no sé que hizo primero
Si tus ojos ó tus labios
Ojos
Bellos.
Grandes
Negros,
Luminosos,
Hechiceros,
Siempre dulces,
Siempre inquietos;
Vagando siempre afanosos
Entre la tierra y el cielo;
Buscando acaso una imagen
Tal vez una imagen viendo
Que no existe,
Que es un sueño,
Voluptuoso,
Placentero,
Vago,
Bello,
Dulce,
Tierno!
Labios
Tersos,
Puros,
Frescos,
Desdeñosos,
Lisonjeros,

Ya callados,
Ya risueños;
Abiertos por un suspiroo,
Cerrados por un deseo;
Sujetando en sus corales,
Comprimiendo en el aliento
 Como un canto,
 Como un eco.
 Cariñoso,
 Pasajero,
 Blando,
 Tierno,
 Dulce
 Besos!

XLIV

Cuando me hablan los hombres de esos séres
Que en el combate de su amor murieron;
Cuando oigo referir su negra historia,
O en una negra página la leo;
Divaga sin querer mi fantasía.
Y hasta la losa de sus tumbas vuela,
Y de rodillas sobre el duro mármol
Que guarda aquellos desdichados cuerpos,
Me propongo escuchar algún sollozo
Que turba el hondo sepulcral silencio...
Y cuando al fin cansado nada eschucho,
Y de esperar las esperanzas pierdo,
Oigo como suspiros que se quejan,
Cantos, palabras, armonías, besos...
Pero no junto á mí y allá en las tumbas,
Sino encima de mí y allá en el cielo!

XLV

En ese mar del mundo en que se agitan
Lo mismo los pequeños que los grandes,

Yo sé que has visto, palpitante el seno,
Pasar un día mi velera nave.
No sé si la siguieron tus miradas
Por la vasta extensión de aquellos mares;
Pero sé que ha de hundirse, que una hora
Ha de llegar, al fin, en que naufrague.
Tal vez entonces tú, sobre la playa,
Risueña, alegre, tus venturas cantes
Y ni aun verás pasar ante tus ojos,
Envuelto por las olas mi cadáver!

XLVI

Las sombras de aquella noche
Penetraron en mi alma;
Y rindió el sueño mis ojos,
Y el dolor mis esperanzas.
Después, entraste en mi alcoba
Andando como tú andas,
Con paso breve y tranquilo,
Con majestad soberana.

Melancólicos acentos
Gimió en mis manos el arpa;
Y en una canción muy triste
Te dijo que te adoraba.
Ni me miraste siquiera....
Y te reías callada,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias!

Volví á cantar una endecha
Que el corazón me dictaba,
Con muy sentidos acentos,
Con muy sentidas palabras
Y tú seguiste riendo,
Inmóvil como una estatua,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano,
Y con voz entrecortada,
Te hablé de amor, como siempre,
Algunas tristes palabras,
Y tú nada me dijiste...
¡Sí! dijiste que callara;
Y te marchaste riendo,
Burlándote de mis ansias!

Después al abrir los ojos
Aquella alegre mañana,
Miré tu imagen hermosa
En el fondo de mi alma;
Y recordando mi sueño,
Ahogué tu risa en mis lágrimas;
Y me olvidé de tus burlas,
Obscuridad y luz y medias tintas;
Y me acordé de mis ansias!

XLVII

Para embriagarme un día en la ventura
Que soñaron mis locas esperanzas;
Para hallar un instante de reposo,
Tras de la lucha del dolor, amarga;
Para que dejen de sonar tan tristes
Las notas de mi arpa;
Para que en un instante abarques todo
El mundo de mi alma,
Quisiera yo, bien mío,
Que mi alma concentrara
Todas mis esperanzas en un canto
Y todo mi dolor en una lágrima!

XLVIII

No puede ser, no puedo
Olvidarte ni un día, ni un segundo...

Navegamos los dos, y el bajel mío
Las ondas corta donde corta el tuyo...
Y ni alcanzarte logro, ni es posible
Virar las velas y cambiar de rumbo!

El mástil roto y el timón maltrecho,
Tempestuosa la mar, el cielo obscuro,
Y lejos ¡ay!... de la remota orilla
En las desiertas playas, el sepulcro,
¡Cuándo estaremos en el mundo solos!
¡Cuándo estaremos en el cielo juntos!

XLIX

Soñadas alegrías
Risueñas esperanzas,
Poéticos engendros,
Que en dorado tropel mi mente abarca!

Fugaces vibraciones,
Arpegios, notas, cántigas,
Sollozos y armonías,
Que le lleváis mi amor y mi alabanza;

Al daros en mis cantos
Ropaje y forma y alma,
Si sólo sois para ella,
Si sólo sois, sonidos y palabras;

¡Pedazos de mi vida,
Fragmentos de mi arpa,
Perdeos en el polvo,
Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

L

Cantando las golondrinas
Frente á mi ventana pasan,
Después de dormir la noche
Bajo el techo de tu casa.

Y yo me las quedo viendo,
Siguiéndolas con el alma,
Pues parece que con ellas
Se me van mis esperanzas!
¡Quiera Dios que en el invierno
Para siempre no se vayan
Cantando las golondrinas
Que por mi ventana pasan!

LI

Tú sí serás feliz! . . . Llegará un día,
Y el amor en el cáliz de una rosa,
Acercará á tus labios el almíbar
Que de los labios de los Dioses brota,
 El cáliz que te daba
 Mi mano temblorosa,
Entre hiel y entre lágrimas tenía
 De almíbar una gota!

LII

Sobre esos sueños
Que en un sollozo,
Del alma inquieta
Parten del fondo,
Y en el espacio
Toman contornos
Indefinibles
Y vaporosos;
Sobre la nieve
Que cubre en copos,
De las montañas
El regio trono;
Sobre el ropaje
Multicoloro
Del ancho llano,
Del bosque umbroso;

Azules y hondos;
Sobre las nieblas
Que arroja el noto;
Sobre esos mundos
Que ven mis ojos,
Del infinito
Girando en torno;
Envuelta en nubes
Y rayos de oro,
Volando pasas
Tú sobre todo!

LIII

Me mandaste callar... tembló mi lagio
Y te pidió perdón, y tú callaste...
¡Ah! si mi corazón hubieras visto
Aquel horrible instante!

¿Qué pasaba por mí?... dejó un momento
En mis arterias de correr la sangre...
Cegaron mis pupilas, y una sombra
Me arrebató tu imagen!

¿En dónde estaba mi razón, en dónde?
¿En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?
¿Dónde estaba la muerte que no vino
Con su boca á besarme!

Sentí de la venglienza esas hogueras
Que eternamente arden;
Y en mi pecho esas lágrimas que nunca
Jamás del fondo de mi pecho salen!

Y humillado, vencido, volví á verte...
Tú estabas como siempre... eras el ángel.
Yo arrojado salí del paraíso,
Proscrito, miserable!

LIV

Dime que no es verdad que me deleitan
Los misteriosos ecos de la brisa,
Cuando en las sombras de la noche trae
Del ave solitaria
Las notas fugitivas!

Dime que no es verdad que en la ribera
Cuando divaga sobre el mar mi vista,
Gozo pensando en Dios, porque las ondas
Me enseñan que es eterno
Cuando á mis pies espiran!

Dime que no es verdad que me consuelen
Las lágrimas que vierten mis pupilas,
Cuando rendido de dolor á solas
Mi frente se doblega
Sobre mi muda lira!

Dime que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
Conté de mi existencia
Las horas y los días!

Dime que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa dejo
Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Dime que no es verdad que la esperanza
Da tregua con su halago ha mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro... eso,
¡Único amor de mi alma;
Eso... no me lo digas!

LV

Conjunto de impresiones que se borran,
Obscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria y... soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oírte y ansia de mirarte,
Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,
Eso será mi vida!

LVI

Yo no te he pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;
Quiero sólo saber si tus congojas,
Responden á mis ansias.
Dímelo, por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas.
Corran siguiera juntas nuestras lágrimas!

LVII

¿Qué tienes dime,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cáuces
Donde los ríos
Corren fugaces;
Como las cumbres
De los volcanes.
Como los cielos,

Como los mares,
Como la tibia
Luz de la tarde,
Como la noche
Cuando se esparce,
Como en las sombras
Las impalpables
Formas que envuelven
Los ideales,
Que en los ensueños
De un alma grande,
Se reconcentran
En una imagen!

LVIII

Era alta noche! . . . Con sus torpes alas
Azotaba mis párpados el sueño;
Y pasaba y pasaba ante mis ojos
Su imagen bella en reposado vuelo.
De su pálida frente coronada
 De pálidos luceros,
Descendía la obscura cabellera
Velando en sombras el nevado cuello;
En mí elevaban la mirada ardiente
 Sus grandes ojos negros;
Y allá en sus labios, como no hubo labios
 Más puros ni correctos,
Dulce asomaba la fugaz sonrisa
 Que guarda ávara en ellos,
 Como guardaron siempre
De su amor el grandísimo secreto.
 Su blanca vestidura
Flotaba entre las sombras, en silencio,
Cruzando sobre mí, tal como pasa
En el cielo del alma un pensamiento.
Así gozaba yo! . . . Trémulas frases
En rítmico compás, en blandos ecos,
Subían á mis labios una á una,

Del fondo de mi pecho;
Le decían mi amor, mis ilusiones,
Le contaban mi amargo sufrimiento;
Y de ese caos que engendró la duda,
 La sombra y el misterio;
El malogrado afán de la esperanza,
La inicua lidia del dolor eterno!
De repente un vapor, como la nube
De calcinado incienso,
Envolvió la beldad, veló el encanto
 De su rostro hechicero...
Y ví en sus ojos la fugaz centella,
Y ví en sus ojos el desdén supremo,
Torné los míos que anublaba el llanto,
Y de un rincón miré el aposento,
Desprenderse una sombra, negra efigie
 De fatídico espectro!...
Que avanzó, y avanzó... y ante mi vista
Le ví crispadas las cobrizas manos,
Imagen del furor y de los celos...
Y se fundió en la pared... ¡Otelo! dije,
 ¡Es la sombra de Otelo!
Y me sentí rodando despeñado
Por la honda sima del eterno sueño!

LIX

¿Qué será?... no lo sé!... Yo sé que lleva
Algo de mi alma en su alma poderosa;
Porque tiene qué ser... porque sus ojos
 Me la robaron toda!

Yo sé que de su espíritu en mí espíritu
Algo debe llevar, como una sombra,
Porque tiene que ser... porque su imagen
Jamás en él se borra!

LX

Límpida estrella,
Flor de los cielos,
Qué hermosa brillas,
¡Pero qué lejos!

Flor de los campos,
Flor del deseo,
¡Qué hermosa eres!
¡Y vivo preso!
Pálida imagen,
Flor de mis sueños,
¿En dónde mora
Tu pensamiento?

Flor de las flores,
Alma de un beso,
¿Si tú no existes
Por qué te siento?

LXI

Como en el alma guardo
Tu imagen peregrina,
En ella tengo siempre
Una flor solitaria y amarilla.

A solas mis ardientes
Miradas la iluminan;
La miro y se me acuerda
Que tú en la mano la tuviste un día.

La miro y clavo en ella
Mis húmedas pupilas;
La miro absorto, y miro
Que recobra la flor su lozanía.

Que vive y el secreto
Conozco de su vida,
Porque es como tu imagen,
Porque en mi corazón no se marchita.

Si quieres convencerte,
Cuando me muera, niña,
En el sepulcro helado
La hallarás, revolviendo mis cenizas!
Oye: si alguna vez imaginaste
Que herí tu alma sensible,
Piensa que el que ama como yo, bien mío,
No pudo nunca herirte...
Si al tiempo que pasó los ojos vuelves
Y venturosa vives,
Piensa que un sér desventurado llora
Cada vez que te ríes.
Si del amor las celestiales dichas
Tu corazón engríen,
Piensa que para mí, luz de mis ojos,
fueron un imposible.
Si alguna vez de noche en el silencio
Oyes mis ecos tristes,
Piensa que son los ayes de mi alma
Que al morir te bendice!

LXIII

A la luz de la luna ¡cuántas veces
Pensando, como siempre, en mis desdichas,
Comparé tus pesares con los míos
Y comparé tu vida con mi vida!
Tosco bajel á quien el viento azota,
Bañada en limo la rugosa quilla,
El viejo manderámen agrietado,
La parda lona por doquier hendida,
El mar profundo, el horizonte negro
La onda rebelde, al embestir bravía...
Y el lago azul y quieto, el cielo puro,
Y la playa y el bosque en las orillas
La cabaña á lo lejos, y á lo lejos
Música alegre y la canción marina,
Y sobre el agua mansa resbalando,
Al soplo del amor, la navecilla!

LXIV

Cuando quieras saber por quien sollozo,
Si algo te importa oírme sollozar,
Pregúntale á tu pecho muy quedito
Y alguien en él, tal vez te lo dirá.

Y si alguien te responde, -(estoy seguro
Que sí responderán),-
Y pronucian tu nombre, entonces, niña,
Ya no preguntes más!

LXV

Como pasa una nube en los espacios
Bajo el azul del cielo;
Como en las sombras de la noche pasan
Las sombras de los sueños...
Allá en los horizontes que en tu alma
Dilata el pensamiento,
Lo mismo que las nubes y las sombras,
Pasarán estos ecos!...

LXVI

Como detrás de lóbrego nublado
Sonríe el cielo azul,
Así tras de las nubes que en mi alma
Amontona el dolor, sonríes tú!

LXVII

¿Por qué cuando á tu lado sin testigos
Me he solido encontrar,
Cual desbandadas aves, mis ideas
Huyen de donde están?

¿Por qué de tantó que pensé en decirte
Nada te digo ya,
Y miranda me quedo como estúpido
Tu encantadora faz?

A todos les pregunto y me responden
Que á preguntarlo van,
Y todos lo preguntan; pero nadie
Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas
Decirme la verdad;
Pero si es que has amado, entonces, niña,
Tampoco lo sabrás!

LXVIII

¡Olvídame! ¡está bien!... si así lo quieres,
Si eso te hace dichosa...
Flores por flores... ¡Ay! como las mías
Jamás te darán otras!

Olvídame... está bien!... puedes matarme
Que esta mi vida al fin nada te importa...
Lira por lira... ¿en dónde hallarás una
Con más amor en sus humildes notas?

Olvídame... está bien!... en mí existencia
La dicha está de sobra...
Ecos por ecos... ¡Ay! ¿dónde otros ecos
Tan tiernos te enamoran?

Olvídame... ¡está bien!... Pero ¿qué digo?
¿Pero que está soñando el alma loca?
¿Cómo me has de olvidar, mi idolatría,
Si jamás he ocupado tu memoria!

LXIX

Si ella guarda en su seno, madre tierra,
Como tesoro eterno,

La prende de un amor que no es el mío,
¡Ay! ¡ábreme tu seno!
Harto te dí del manantial que brota
Del fondo de mi pecho;
He apagado la sed, deja que apague
La sed que me devora de tus besos!
Que cubran mi ataúd con una losa
Al nivel del terreno;
Y que una triste cruz graben ella,
Porque sepan no más que allí hay un muerto!
De la oculta semilla de esas flores
Que llenan de pavor los cementerios
No permitas que brote ni una sola
En torno de mi féretro.
Yo quiero que en tu negro relicario
Encierres con mis restos
Una flor nada más... la que ella guarda
Como un tesoro eterno!

LXX

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro.
Y pienso en las alegrías
De algún fantástico sueño,
Entonces te miro,
Entonces te veo,
No sé si dormido,
No sé si despierto;
No sé si en sus alas un ángel me lleva
Cruzando llanuras y mares inmensos;
No sé si en el aire
Respiro tu aliento;
No sé qué me pasa,
Si vivo, si muero,
Si estoy en la tierra,
Si estoy en el cielo!
Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,

Y pienso en las amarguras
De algún fantástico sueño,
Entonces, te llama
Con ansia el deseo;
Y yo velo entonces,
Y sé que no duermo.
Y sé que en sus alas me lleva el fantasma
Que enciende la duda, que engendra los celos;
Yo sé que en el aire
Me falta el aliento;
Yo sé qué me pasa,
Que vive, y que muerto
Estoy en la tierra
Cruzando el infierno!

LXXI

Hay otro mundo apenas conocido
De los que no han llorado como yo,
En donde en una sombra la esperanza,
Donde impera el dolor.
Allí todas son dudas y desdichas,
Todo es obscuridad, todo aflicción:
Allí del sol que los alumbró á todos
No hay un rayo de sol;
Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,
Ni una lozana flor.
Allí nada se muere... allí se vive
Porque es la muerte la única ilusión,
Tú debes conocerlo... á veces pienso
Que allí he visto tu amor junto á mi amor,
Si esto es verdad, responde: en ese mundo
¿Quién te amó como yo?

LXXII

No me arredra del campo en altas horas
La densa obscuridad;

Las sombras de esta duda
Me espantan mucho más!

No acongoja á mi espíritu el gemido
De la brisa al pasar;
Este que en mi alma escucho
Me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio
Que en torno mío hay...
Aquel silencio de tus labios, ése,
Ese sí, porque al fin me matará!

LXXIII

Si sientes cuando alguno
Está pensando en tí,
Sabrás de cierto la hora,
Que deje de existir;
Y como se que en el alma
No tiene nunca fin,
Cuando pensar no pueda,
¿Te acordarás de mí?

LXXIV

Naces de mi alma
Toda en el centro;
Formas y vida
Te da mi aliento;
Luz, de mis ojos
Tus hechiceros
Ojos reciben
De ardiente fuego;
Siento que flotas
En mi cerebro;
En mis ideas
Sentir te siento!
Después, te envuelven

Mis pensamientos;
Hiendes los aires,
En raudos vuelos;
Salvas las nubes,
Llegas al cielo,
Y allí te alumbras
Con los luceros.
Y mis suspiros
Te lleva el viento...
¡Y estás muy cerca,
Y estás muy lejos!
Y entonces gozo,
Y entonces creo,
Y entonces vivo,
Y entonces duermo!

LXXV

Cuando te miro alegre
Cuando tu labio rie,
Entonces me figuro
Que ni el fantasma del dolor existe.
Cuando los ojos bajas,
Cuando tu pecho gime,
Entonces me parece
Una sombra el placer, un imposible!
Por eso en mar de dudas
Bogando va mi esquife...
No importe; que hizo rumbo,
¡Y al rumbo, inalterable, se dirige!

LXXVI

Ella, dentro de mí, me dijo anoche,
Que llevo siempre un sol;
Y ella dijo muy bien, porque la llevo
Siempre en mi corazón!

LXXVII

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,
Diles que mienten. . . No!
¡Cuando el amor con lágrimas se nutre,
Es eterno el amor!

Cuando en la soledad las esperanzas
Nacen de la aficción,
Y se cruza entre piedras y entre abrojos
La senda del dolor;

Cuando sangran los pies; cuando se llora
Sangra el corazón,
Cuando nada se espera y del consuelo
Ya se extinguió la voz,

Cuando el vivir es muerte, y el sepulcro
Es desesperación,
Entonces no se olvida! si lo dicen,
Diles que mienten. . . ¡No!

LXXVIII

Cuando me apercibí, todo era tuyo:
Mi vida, mi esperanza!
Sin ruido, sin estrépito, en silencio,
Con sólo una mirada,
Así, como lo hiciste con la mía,
Así se roba el alma. . .
¡Todo eso está muy bien; pero no olvides
Que así también se mata!

LXXIX

Del lejano horizonte en los confines
Al espirar la tarde,
Miré tu imagen, cariñosa y triste,
Vagar entre celajes;

Pero la noche alzando
Sus sombras impalpables,
Llegó, y en las tinieblas
Ante mis ojos se nubló tu imagen!
Vagando en los espacios luminosos
Cruzabas como un ángel,
Y absorto contemple tu seductora
Belleza incomparable!
Pero la luz del día
Resplandeció en los aires,
Y entre sus rayos de oro
Ante mis ojos se nubló tu imagen!
Te esconden de mi vista
Con su poder iguales,
La luz en la mañana
Las sombras en la tarde!
Si tiene mi alma un cielo
Y en él grabé tu imagen,
¿Por qué, bien de mi vida,
Por qué te he de buscar en otra parte?

LXXX

Me parece que leo en su sonrisa
Y que leo el amor en su mirada;
Y en el círculo rojo de sus párpados
Las penas leo que atormentan su alma!
Y cuando pienso que por otro llora,
Y pienso que otro su amargura causa,
Nada puedo leer... del misterio
Libro del corazón arden las páginas;
Y más que nunca bella, más hermosa
Del espantoso incendio entre las llamas,
Hechicera y gentil se me aparece,
Imagen del dolor, su imagen pálida.

LXXXI

Es igual para mí: nada me importa
 La densa obscuridad,
Que la tiniebla pavorosa, nada
 Me deje contemplar;
Yo no quiero la luz del sol ardiente
 Para mirar tu faz.
Que la luz de mis ojos te ilumina
 Donde mi vista va.
Tampoco quiero luz para buscarte,
 Que donde estoy, estás...
Quiero luz... mucha luz! pero en tu alma,
 Para leer en ella la verdad!

LXXXII

¿Qué habrá en el fondo de las ondas mías?
¿Qué habrá en el fondo del revuelto mar?
¿Qué habrá tras el confin del horizonte?
¿Qué tras los mundos que girando estan?
Yo no sé lo que habrá: si yo pudiera
 Tan profundos arcanos penetrar,
Bien sé lo que vería... Yo vería
 Tu imagen... ¡nada más!

LXXXIII

Amé la gloria... su laurél de oro
Fué mi ambición un tiempo no lejano,
Pero eso ya pasó... Ya sólo ansío
Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.
Y allí la senda está: ¡hé allí la cumbre
Que dora el sol con inmortales rayos!
Aun pudiera subir y allí tan solo
Grabar tu nombre en duradero mármol.

No importan los abrojos del camino,
Nada el raudal de mi copioso llanto:
Aun pudiera subir... Yo subiría
¡Con tal que me llevases de la mano!

LXXXIV

Cuando sea cadáver para todos
Pon tu mano en mi pecho;
Lo has de sentir latiendo todavía,
Que sólo para tí no habre yo muerto!

LXXXV

En medio de esas vagas armonías
Que turban el silencio de la noche,
Creo escuchar mi nombre en un acento
Que mi alma reconoce...
Y yo, insensato, me figuro a veces,
Que eres tú, que me llamas por mi nombre,
Que de tus labios de coral el viento
al pasar lo recoge.

LXXXVI

Cuando pienso en la negra sepultura;
 Cuando miro un abismo,
Mi corazón se oprime de tristeza
 Y pienso en el olvido.
Cuando levanto al cielo la mirada
 Y veo que es el abismo,

 Mi corazón se llena de alegría
 Y pienso en lo infinito:
Y ya triste, ya alegre, cuantas veces
 Los horizontes miro

¡No quisiera mirar ese fantasma
Que flota en el vacío!

LXXXVII

Cuando miro volando alguna nube
Que por los aires va,
La sigo con la vista y me pregunto:
¿A dónde va a parar?
Cuando miro alguna ave solitaria
Cruzar la inmensidad,
La sigo con la vista y á mis solas
Me digo: ¿A dónde irá?
Y nadie me responde y me entristece
No saber donde van.
Y es porque yo también luz de mis ojos,
También voy á volar!

LXXXVIII

¿Tienes celos? ¿De quién? ¡Es que tú ignoras
Lo que tu rostro peregrino vale,
Lo que tu labio esconde,
Lo que en tus ojos arde!
Y lo que vale mi alma. . .
¡Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

LXXXIX

Hay un reloj que por instante rápidos
Los siglos marca de mi eterno amor.
¿No sabes tú cuál es? Pues oye el péndulo:
¡Latiendo está por tí mi corazón!

XC

En tu hechicera faz ví la alegría,
Y la tristeza en tu hechicera faz,
Y entonces comprendí todo lo hermoso
Del cielo y del mar!

XCI

Si no es todo ilusión, si en los espacios
Tu espíritu me busca,
Piensa, al pensar en mi cada mañana,
Que es uno mismo el sol que nos alumbrá!

XCII

Yo voy con esas aves melancólicas
Que en el silencio de la noche cantan;
¡Quién pudiera en la noche de los sueños
Cantar en el silencio de tu alma!

XCIII

No le temo á tu olvido: ¡no podrías
Tanto amor olvidar!
¿Sabes á que le temo, si me quieres?
¡A que no puedas ya quererme más!

XCIV

¡Qué hermosa es la mañana cuando enciende
Su roja tea el sol!
¿Dónde se van las sombras de la noche?
¿A dónde va el dolor?

¡Que cantar de las aves en el campo!
¡Que alegre su canción!
¡Cómo respira y se levanta todo
Cuando amanece Dios!
¡Cómo cruza el espacio tu fantástica
Risueña aparición!
Hoy eres toda llama, anoche sombra:
Y anoche y hoy, amor!
¿Ser la luz del alba la esperanza?
¿Lo sabes? pues yo no!
Sólo sé que no sé por qué se muere
Por tí mi corazón!

XCV

Llegué al sombrío atrio de la iglesia
Y el dolor me detuvo,
Y creí que mi mano se apoyaba
En la fría pared de mi sepulcro.
Como su imagen pálida, mi alma
Se desprendió del mundo,
Torné los ojos y encontré tinieblas,
Volví la vista al cielo y lo ví oscuro!

.....
.....

Al fin estamos solos, arpa mía,
En la alta noche, juntos;
Ni un eco... ni una nota... aquí aguardamos.
Mudas tus cuerdas y mi labio mudo.
Se llenó de ilusión mi pensamiento,
Mi corazón de luto...
Yo no sé dónde fueron sus promesas,
Y sólo sé que el triunfo ha sido suyo.

XCVI

Yo soy hoja caída que se seca,
Soy el dolor que ríe,

Soy la deshecha nave que ha cruzado
Horizontes sin límites,
Ola del mar que se estrelló en la arena
Al pie del arrecife;
Soy el día que muere en el crepúsculo
De una esperanza triste;
Yo soy la noche, en fin: ¡dime si eres
La sombra que me sigue!

XCVII

Antes dejaba yo mis pensamientos
Al acaso volar
Y nada me importaba que volvieran
O no volvieran más.
Desde que te conozco, desde entonces,
No importa a dónde van,
Y anhelo por que vuelvan y me digan
Lo que pensando estás!

XCVIII

¿Cómo vivo? No sé, soñando en cosas
No sé si de alegrías ó dolores...
Que a veces me parecen realidades
Y á veces me parecen ilusiones.
Cuando contarte vayan cómo vivo,
Esas gentes que viven porque comen,
Diles, pero de modo que lo entiendan,
Diles que ni siquiera me conocen.

XCIX

Se va con los placeres que ha gozado,
Que deja sus desdichas, por eso
Hay tantos desdichados.

Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,
Que es falso, que es muy falso;
Que el alma que se va sólo se lleva
La única dicha de romper sus lazos

C

Y hace muy poco que empezó la lucha!
¡No hace mucho que sufro!
Pero tales seran estos dolores
Que el tiempo breve me parece mucho.
Al través de mis lágrimas los veo.
Hay quienes piensan que al morir el alma
Pasan uno por uno;
¡Yo soy el mismo... ¡siempre! Aquí le guardo
Mi amor eterno, cuando pase, el último!

CI

Yo sé que son las almas
Como las olas,
Que siempre va a la una
Siguiendo á la otra;
Tú vas delante...
¿Dónde estará la playa
Que nos aguarde?

CII

Bandadas de torcaces, blancas nubes
De blancas flores que arrebatan el viento,
¡Ay! eso son á veces cuando lloro
Mis locos pensamientos!
Tropel de aves fatídicas, tinieblas
Que arrebatan el turbión del cementerio,
¡Ay, eso son á veces cuando río
Mis tristes pensamientos.

CIII

Es preciso callar. . . De estas canciones
Aun tiene el alma muchas;
Pero guardadas en el pecho mío,
Bajarán con mis restos a la tumba!

CIV

Después que yo me ausente, no me busques,
Ni busques esta llama que me abrasa
Niña, en el panteón,
En los rayos del sol,
Ni busques mis miradas en los astros,
Ni mi aliento en la flor;
Ni en las sombras que vagan por las noches
Mi ardiente inspiración!
Si quieres encontrarme entero, busca
En mis versos, mi amor;
Y si buscas mi imagen, no la busques
Si no la guarda ya tu corazón!

FINIS